

Año 11
Número 12
Invierno 2024

RPS

Revista de Políticas Sociales

Talleres de comunicación de discurso científico: reconocimiento a Ricardo Goldberger

Analía
LEONHARDTYAHARI

analialeonhardtyahari@gmail.com

Licenciada en
Comunicación Social UNM

Romina P. AYRÉ
Becaria doctoral Comisión
de Investigaciones Cientí-
ficas (CIC) y de la UNM
ravre@unm.edu.ar

Desde su creación en 2015 hasta la actualidad, la orientación científica de la Licenciatura en Comunicación Social (LCS) de la UNM cuenta con las materias Taller de Producción del Discurso Científico y Taller de Producción Digital del Discurso Científico. Para dar curso a estas materias se convocó a dos docentes: los periodistas y docentes, Rubén Levenberg y Ricardo Goldberger. Esta dupla pedagógica se conoció en el ejercicio profesional, cuando realizaban coberturas periodísticas de eventos de tecnología y fue así como llegaron a estos talleres que forman parte de la práctica profesional de la LCS en nuestra casa de estudios. Levenberg falleció en agosto de 2017 y Goldberger, se ha jubilado recientemente, pero su compromiso con la universidad y con la comunidad educativa sigue en pie, ya que participa en el Instituto Tecnológico de la Universidad Nacional de Moreno.

Goldberger transitó un camino peculiar: originalmente médico de profesión, pensó cómo transmitir de manera comprensible su conocimiento sobre esta disciplina y su camino viró hacia el periodismo de tecnología. Comenzó en los cursos del Centro de Divulgación Científica y Tecnológica (CyT) del Instituto Leloir, en ese entonces Fundación Campomar. Se trata del primer instituto de divulgación científica del país, que luego dio origen a la apertura de unidades comunicacionales similares en ocho facultades de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Estos centros fueron iniciadores para muchos trabajadores de medios y áreas de comunicación de institutos de investigación o divulgación. De esta manera, Goldberger trajo a la UNM la suma entre la impronta comunicacional del Instituto Leloir y su experiencia como periodista. En esta entrevista de reconocimiento hablamos sobre su trayectoria, su aporte en los talleres de la LCS y su visión de la comunicación pública de la ciencia en el entorno próximo.

¿Cómo llegaste al periodismo científico?

Yo trabajaba en el Servicio de Obstetricia del Hospital Piñero cuando me designaron a cargo de los cursos de Parto sin Temor, donde lo fundamental de estos cursos es la parte explicativa. Es decir, explicarles a las futuras madres qué es lo que está pasando en sus cuerpos, además de hablar acerca de la planificación familiar, de la anticoncepción, más allá de las cuestiones del embarazo.

Cabe destacar que, en el caso particular del Hospital Piñero, trabajaba con barrios vulnerables como el Bajo Flores y otros del Gran Buenos Aires, cercanos al nosocomio. Es ante esa situación que me doy cuenta de que me faltaban herramientas para explicar en fácil lo difícil porque estaba trabajando con chicas que no tenían un nivel cultural muy alto. Entonces, había que explicarles con términos muy básicos para que pudieran entender.

Fue en ese momento, en el año 1992, que vi en un aviso del diario Clarín, que se abría un curso de Periodismo Científico en la ex Fundación Campomar, hoy Instituto Leloir, ubicado en Parque Centenario. Este fue el primer instituto de Argentina que dictó un curso de periodismo científico, a partir del cual surgieron los demás cursos que se hicieron posteriormente, como los de la Facultad de Psicología y de Farmacia y Bioquímica de la Universidad de Buenos Aires (UBA). En ese momento yo no tenía idea de su importancia, ya que era uno de los institutos de investigación científica más importantes del mundo o, por lo menos, de Latinoamérica.

¿Cuándo empezaste a ejercer el periodismo?

Comencé el curso y en ese momento confluyó con otro de mis intereses, que muchas veces no lo cuento completamente. En mi casa mi padre, mi

tío y yo siempre fuimos fanáticos confesos de la ciencia ficción. Hacíamos circular los libros entre nosotros. Yo tenía afición por las computadoras. Alrededor de los años 88 y 89, cuando apareció la *Commodore* en Argentina, a partir del intercambio de juegos para computadoras, conocí a los integrantes del Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía que se reunían en un bar. En esas reuniones, conocí a un chico que me invitó a participar de una revista electrónica en disquete que se llamó *Axxóny* que continúa hasta la actualidad. Es decir, se trataba de un formato que antecedió al *Ebook* como lo conocemos hoy. Se trataba de la primera revista electrónica que publicaba notas y artículos sobre ciencia ficción, sobre autores y series. Algo que, para esa época, era notablemente avanzado. Era la primera revista, porque el primer libro electrónico, que también se hizo en la Argentina, fue una de las primeras cosas que hice como corrector de textos e ilustrador, que se llamaba *El libro de la tierra negra* de Carlos Gardini, uno de los más importantes autores de ciencia ficción de nuestro país, que murió recientemente.

De esta manera, cuando hago el curso de periodismo científico, empiezan a juntarse las dos cosas porque de repente empiezo a tener conocimientos acerca de cómo contar cosas de ciencia, pero además, integrantes del Círculo de Ciencia ficción y Fantasía me conectan con la gente de *PC Users* y *Compumagazine* que eran dos revistas de computación de aquella época de MP Ediciones.

Paralelamente, a partir del curso de periodismo científico conozco gente que estaba trabajando en *Clarín*. Entonces ahí empiezo a escribir, un poco a modo de *hobby*, notas para *PC Users* y para *Clarín*, que en aquella época tenía un suplemento grande que se llamaba *Ciencia y Nación*, con una sección denominada *Lo nuevo*. Recuerdo que mi primera nota que se publicó en *Clarín* fue acerca de un sistema que se había desarrollado para disminuir el ruido de los motores de los aviones utilizando ruido. Con la misma frecuencia, pero contraria, se anulaba el ruido de los motores.

En *PC Users*, en noviembre del 92, publiqué en la sección *Informática y Sociedad*. Para esa nota fui al Instituto de Rehabilitación del Lisiado, como se llamaba en aquella época, a ver cómo las computadoras ayudaban a los discapacitados a estudiar y a trabajar. Esas fueron mis primeras dos notas. A partir de ahí empecé a escribir, siempre como colabora-

dor, para *Compumagazine* que era netamente tecnológica y ya se hablaba de computación en red. Luego me empecé a especializar en Windows y terminé siendo algo así como el gurú de Windows de la editorial. Siempre como colaborador externo, mientras seguía ejerciendo como médico hasta el 98.

En el 95 empecé a escribir sobre Windows. En agosto de ese año salió esta primera versión que no necesitaba tener un sistema operativo por debajo y en octubre se editó mi libro de Windows 95. La idea había sido editar con el libro un CD con programas para Windows.

¿Cómo fue que dejaste la medicina para dedicarte por completo al periodismo científico?

Entre diciembre del 98 y febrero del 99 comencé con todo el proceso para abandonar el ejercicio de la medicina. Me había dado cuenta de que, entre paciente y paciente, estaba ojeando revistas de computación en lugar de estar leyendo revistas de medicina. Evidentemente, donde estaba poniendo la energía era en la tecnología. Estaba trabajando bastante bien. Se había abierto el suplemento de informática de *Clarín online*, *Informática 2.0*, era el gurú de Windows, y llevaba escritos varios libros, fascículos y guías sobre el sistema operativo y sobre Internet Explorer que ya se estaba popularizando.

En el 2001 me ofrecen escribir un libro de Windows XP para Editorial Pearson, la competencia de MP Ediciones, que era mucho más conveniente. Aceptar esta oferta me costó, no solo el hecho de que ya no escribiera más libros, sino que no pude seguir publicando artículos para la anterior editorial. Tenía dentro de todo un futuro bastante bueno, porque el pago iba a ser mejor, además de un porcentaje por la venta de los libros y la posibilidad de seguir escribiendo para ellos. En resumen, me convenía más. Sin embargo, en 2001 y 2002 cayó el mundo y explotó la burbuja de Internet.

En aquella época, en el 96-97, ya había empezado a cubrir conferencias de prensa, con lo que me había empezado a conectar con el ámbito corporativo. Había empezado a escribir en algunas otras revistas que tenían que ver con el canal de distribución de tecnología. Es decir, me había diversificado, tenía bastante trabajo y una especie de cadena hecha,

con lo cual realmente no necesitaba la medicina para seguir viviendo.

¿En qué momento empezaste a ejercer la docencia en periodismo científico?

En el 2001 estaba afiliado a la Obra Social de Trabajadores de Prensa cuyo sindicato, la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires (UTPBA), tenía un centro de capacitación. Por lo que se me ocurrió proponer un curso de periodismo científico, el cual fue aceptado, llegando a dictarse en dos ocasiones hasta la crisis de diciembre de ese año.

Luego de la crisis, entre todos los sobrevivientes de la burbuja de Internet había resistido un sitio web que se llama Periodismo.com, que continúa hasta la actualidad. Este sitio recolectaba artículos de distintas publicaciones, por ejemplo, las tapas de los distintos diarios y revistas. Es decir, era una especie de integrador de distintas publicaciones de noticias periodísticas. Los organizadores de este sitio abrieron en 2003 una escuela online de periodismo, Periodismo.net, en la que empecé a dictar un curso de periodismo científico.

Fue a partir de ese curso que elaboré mi propia pedagogía, porque yo nunca había dado clases. Averigüé qué hacían mis otros colegas, que eran gente de renombre en esa época.

¿Con quiénes te formaste en el curso de Periodismo Científico de la Fundación Campomar? ¿Seguís en contacto con ellos?

Estoy en contacto con la gente del curso. Por ejemplo, el director del curso forma parte de la Red Argentina de Periodismo Científico, de la cual formo parte. Mis profesores fueron el doctor Enrique Belocopitow, creador del curso, que falleció hace unos años; la doctora Ana María Vara; Susana Gallardo, actual directora de comunicaciones de la Facultad de Exactas y Naturales de la UBA; y Fernando Ritacco, que trabajaba en el diario *La Nación* y que después se terminó dedicando a temas agrícola-ganaderos. El contacto con Ana María y con Susana lo sigo manteniendo, pero un contacto más de tipo colega.

¿Y a Rubén Levenverg lo conociste en la misma época?

A Rubén lo conocí en la práctica. Alrededor del año 96 o 97 cuando



comencé a escribir sobre el negocio de la tecnología, empecé a asistir a conferencias de prensa y presentaciones de producto. En ese contexto, se fue formando un grupo de compañeros con los que nos encontrábamos siempre que cubría los eventos de tecnología. Uno de ellos era Rubén que en ese momento estaba escribiendo para *Página 12* y, posteriormente, junto a un colega iniciaron uno de los primeros blogs de tecnología que, justamente, se llamaba *Blogger*, al mismo tiempo que daba clases en la UBA. Durante mucho tiempo, él fue parte de la cátedra de Carlos Campolongo. Rubén trajo muchas ideas a los talleres que dictamos en la Licenciatura en Comunicación Social de la Universidad Nacional de Moreno.

¿Cómo llegaste a ser docente en la Universidad Nacional de Moreno?

A finales de 2014 Rubén me llama por teléfono para comentarme que estaba planificando la especialización de Comunicación Científica en Moreno y me invitó a participar. Nos reunimos en un bar Bonafide que oficiaba como nuestra oficina y de esa manera empezamos a darle forma al proyecto. Un día nos reunimos con Roberto Marafioti, que, en ese momento, era el decano de la carrera y le explicamos todo.

Entonces, armamos en conjunto las dos materias, el Taller de Producción de Discurso Científico y el Taller de Producción Digital de Discurso Científico. De la orientación, la parte de los talleres la diseñamos con Rubén junto a Alexis Burgos.

Rubén provenía de la academia, venía de la carrera en Educación y había realizado la carrera docente en Comunicación Social. Esto sumado a su gran trayectoria como periodista. Estuvo en *Clarín*, en *Página 12*, incluso, antes de morir fundó con otros colegas una publicación que se llama *Socompa*.

¿Por qué te parece necesario el periodismo científico?

Creo que por varias razones. Principalmente para dar a conocer los avances científicos de una sociedad determinada. En nuestro caso en particular más, ya que tenemos un bagaje científico-histórico bastante grande y estamos a la vanguardia de la investigación científica. Es algo que se tiene que ver, conocer, sí o sí. Además, porque creo que la ciencia

y la tecnología hacen la base de una productividad en un país y para eso se necesita que la gente conozca la producción científica. No solamente desde el punto de vista periodístico. Las pymes tienen que saber que el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI) tiene innovaciones tecnológicas. La gente del agro tiene que saber que el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) tiene desarrollos que les pueden ayudar para el negocio.

La comunicación científica no solo es el periodismo. Incluso, dentro de las empresas, un gerente de tecnología le tiene que explicar a un gerente de marketing en qué consiste este nuevo desarrollo tecnológico que tiene que vender y hay que explicarlo en forma fácil. La misma técnica de comunicación pública de la ciencia puede ser utilizada para que un emprendedor le explique a un inversor de qué se trata. Fundamentalmente, porque el comunicador científico tiene como uno de sus objetivos principales generar conciencia crítica en la población. Si se tiene en cuenta que una de las bases de la ciencia es poner en duda, verificar continuamente y poner a prueba los conocimientos, eso es quizás uno de los mecanismos más importantes, precisamente, para producir conocimiento crítico. Es decir, que los ciudadanos tengan las herramientas para saber si esa información que le están brindando es creíble, es confiable o no.

La comunicación de la ciencia es la mejor prevención contra las *fakenews*, contra las operaciones de prensa y sobre todo contra la mentira organizada que es la posverdad. Hay un derecho humano a la información que implica que ésta sea veraz, sea útil y mejore la vida la calidad de vida de la gente. Muchas veces eso no se logra si no hay un componente de comunicación pública de la ciencia y la tecnología, especialmente en un momento en el cual estamos rodeados de tecnología. En Internet, como en los celulares y con la tecnología inalámbrica, estamos expuestos a que nos ataquen a nosotros y a nuestros dispositivos para atacar a otros, para robar identidades o para generar amenazas más importantes.

¿Cuáles serán los temas más relevantes para la comunicación de la ciencia en el contexto próximo?

Los temas que considero relevantes son: la inteligencia artificial genera-

tiva y la nueva carrera aeroespacial, que nos va a requerir bastante información. Lamentablemente, cada vez que se plantea una guerra aparece la tecnología involucrada con lo cual, eso también será algo para tener en cuenta por la guerra entre Rusia y Ucrania. Por otra parte, la tecnología 5G, es decir, las telecomunicaciones inalámbricas. Ahí deberían entrar en juego los estudios sobre la salud de la población en relación con las tecnologías inalámbricas. Entre otros el tema de las redes sociales, si bien no es estrictamente tecnológico, es comunicacional, es algo que todavía va a seguir por bastante tiempo.

En este sentido la orientación en Comunicación Científica le brinda, tanto a los estudiantes como a los graduados, pensamiento crítico. Les otorga herramientas de verificación de la información. Las competencias que da el periodismo científico son mucho más poderosas de las que brinda el periodismo generalista, además de un mejor juicio de valor. No me refiero a lo moral, sino de ser un agente, poder tomar decisiones propias.